

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente". Yo, en cambio, os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.»*

La antigua ley ha enseñado a evitar la venganza, y a proceder al menos con justicia. Pero la venida de Cristo nos revela algo nuevo, que define nuestras relaciones con Dios y con los demás: que somos realmente familia de Dios. Todo lo que nos enseña Jesús deriva de la convicción de que somos hijos de Dios, que somos hermanos unos de otros, y que el amor está en la entraña más profunda de la relación de Dios con nosotros, de nosotros con Dios, y con los hombres nuestros hermanos, como familia que somos. Jesús propone un nuevo modelo de sociedad, basado en la filiación divina y en la fraternidad entre nosotros, y en la relación de amor que eso conlleva. No somos extraños ni rivales. Si el amor no define nuestras relaciones, somos una sociedad inhumana que no nos hará nunca felices. Este es el Reino del cual habla siempre Jesús: reino de hijos, reino de hermanos, reino de amor.

¿Mi relación con Dios es verdaderamente de confianza de hijo? ¿Mi relación con los demás, sea quien sea, es fundamentalmente de hermanos de una misma familia, que es divina? Si no es así, no hemos entendido nada, nunca transformaremos nada, y nunca encontraremos la felicidad que buscamos.

Pidamos a la Virgen Santísima que nos abra el corazón para que pueda entrar en nosotros el amor que Dios nos tiene, que pueda transformar nuestras mentes y que pueda purificar nuestros corazones.